

e. haro tecglen



«Jean-Claude ocupa ahora el poder. Tiene diecinueve o veinte años; las cronologías no son muy exactas acerca de su fecha de nacimiento, y probablemente la biografía oficial le aumente algún año.»

NO es necesario decir que esta tiranía no pudo llevar a Haití ninguna clase de beneficios. Da el país el nivel más alto de analfabetismo de América, y probablemente del mundo: un 90 por 100. La renta por cabeza es más baja aún que la de la India (75 dólares por año). Las enfermedades tropicales no han sido erradicadas nunca por este médico en el poder, y se unen a ellas la tuberculosis y todas las correspondientes al hambre, a la desnutrición. Ello no ha evitado que los títulos de gloria del Presidente Duvalier se multipliquen: Jefe Incorruptible de la Gran Mayoría, Renovador de la República, Padre Espiritual de la Nación... En las escuelas se rezaba esta plegaria: «Doc nuestro, que estás en el Palacio Presidencial de por vida, bendito sea tu nombre por las generaciones presentes y futuras, hágase tu voluntad en Puerto Príncipe y en las provincias, danos hoy nuestro nuevo Haití y nunca perdones las deudas de los antipatriotas, déjales sucumbir a la tentación y no les libres de ningún mal...».

NO hay precedentes de ninguna forma de libertad o de democracia en el único país negro de América. El largo y duro período de la colonización francesa dio paso, tras unos simulacros de revolución —magistralmente relatados en la novela de Alejo Carpentier «El siglo de las luces», a una serie de dictaduras mulatas y a una colonización directa, luego indirecta, de los Estados Unidos. El episodio de Doc Duvalier, donde lo cómico se ha mezclado a lo horrendo —y hay que acudir a otro novelista que ha recogido este terrible ambiente, el Graham Greene de «Los comediantes», puede parecer anacrónico desde una cierta óptica, pero no es más que un desarrollo en la historia de Haití, y nada permite creer que la sucesión del tirano, sea cual sea el resultado de la lucha por el poder, vaya a cambiar el destino inmediato de los ciudadanos de Haití. La historia reciente de la otra mitad de la isla, de la República Dominicana, en la que los marines y los paracaidistas de los Estados Unidos desembarcaron para impedir la democracia propuesta por Bosch —muerto ya Kennedy, que le había ayudado—, por miedo a que diera paso a las masas populares. La proximidad de Cuba —de la que le separa el canal del Viento—, la de un contagio hacia Santo Domingo y el temor a un nuevo sistema político en el Caribe no permiten a Washington demasiadas dudas.

La Capilla Sixtina

LOS ESPAÑÓLOGOS

Mi envidiado colega Eduardo Haro Tecglen hablaba hace pocas semanas, y desde estas páginas, de la curiosa profesión de soviólogo o kremenólogo, o especialista en asuntos soviéticos. Aseguraba que estaba compuesta por «... exiliados de la Europa Central, espías jubilados, periodistas sin periódico y programadores de computador». Yo creo que por el mundo también hay «norteamericanos», secta de especialistas mucho más numerosa que los soviólogos, como ellos también casi siempre pagados por la CIA, que se dedican a llenar las páginas de los diarios de interpretaciones benévolas sobre el difícil oficio de represor mundial que en determinadas circunstancias se ve obligado a ejercer el señor Richard Nixon.

Pero, tal vez ante la ilustración de estas «nuevas profesiones», ha aparecido una a nivel español que tiene todo el interés de las ya citadas, acentuado por una cierta normativa derivada del «Spain is different». Por ejemplo, en España, menos cinco, que me guardaré muy mucho de señalar, nadie sabe casi nada de nada y muy poco de nadie. En la España política tendría pleno vigor aquel tango de Gardel, «Yira», levemente modificado. En vez de «Nada es verdad...», debería cantarse: «Nadie es verdad». Una de las modificaciones introducidas por la «peculiaridad» española es que españoles somos treinta y tres millones de ciudadanos, y que los enterados apenas si rebasan el número de los cinco políticos aludidos y las cien familias esas que siempre lo saben todo, a veces incluso antes que los políticos.

¿Qué es un españolólogo?

Un intérprete de la situación política nacional a partir de signos indirectos. Por ejemplo, acaban de dimitir al señor Ortí Bordás, y el señor Torcuato Fernández Miranda ha declarado que necesita «un defensa». El «defensa» es el señor Valdés Larrañaga, que pertenece casi a la promoción de Quincoces. Tal vez se trate de un partido de veteranos, piensa el españolólogo, pero aún no se sabe a qué fin benéfico. Tal vez —diría Vázquez Montalbán, que se pone pesado sobre la cuestión— se trate de un partido benéfico dedicado a los treinta y tres millones de subnormales que babeamos y tonteamos con las manos sin saber qué quiere decir el cambio de

Ortí Bordás por el señor Valdés Larrañaga (según creo, ex presidente de la Federación Española de Fútbol), o qué quiere decir el apedreamiento de la librería Antonio Machado, o qué quiere decir la brutal paliza que repartieron el otro día cincuenta personas uniformadas (no militares) en el Colegio de Abogados de Barcelona.

¿La pasión de la «Liga»? ¿Será la pasión previa a la Cqpa de España? Los españolólogos tenemos muy pocos datos para interpretar todo este lío. Y así no es extraño que la encuesta del Instituto Gallup haya señalado una tremenda indiferencia política por parte del público; ante tanto hermetismo uno recurriría al corte de mangas o al «que les den morcilla» de no haber escogido caminos de concienciación personal y comunitaria que le obligan a ir con los ojos muy abiertos. Por eso intentaré resolver racionalmente el asunto de la sustitución de Ortí Bordás.

1.° Le han sustituido porque antes de tener el cargo tan importante que tenía aseguró creer en el «socialismo en libertad».

2.° O no. Le han destituido porque después de los primeros líos de diciembre resucitó un lenguaje falangista de los años cuarenta.

3.° Tal vez no sea lo suficientemente fotogénico en una época en la que la fotogenia se impone para ascender políticamente.

4.° O tal vez no vista con elegancia; en fin, no tenga un Kennedy style tan necesario precisamente en estos momentos en que gobierna Nixon.

La verdad es que este oficio de españolólogo, que en última instancia es el mismísimo oficio de español, es un oficio duro. Y una de las pocas compensaciones que tiene es el bocadillo de anchoas y las películas de Alfredo Landa y Tony Leblanc, o Tony Leblanc y Alfredo Landa, porque tanto monta, monta tanto. Tras la ilusión del fútbol de ataque, ¿vuelve el fútbol defensivo? O tal vez, tal vez, ese defensa que se ha buscado el excelentísimo señor don Torcuato Fernández Miranda sea un defensa personal, para demostrar a determinados sectores del falangismo que un veterano como Valdés Larrañaga está dispuesto a apoyar el centrocampismo del señor Fernández Miranda frente a la tendencia al ataque de señores como don Blas Piñar.

Sólo Matías Prats tiene lenguaje y nivel suficiente para aclararnos esta cuestión.

SIXTO CAMARA